

LA SEGUNDA INTERNACIONAL Y LA CUESTION NACIONAL

“El mayor problema para la especie humana, a cuya solución le fuerza la naturaleza, es la instauración de una sociedad civil que administre universalmente el derecho” [Immanuel Kant, *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita*]

“El Estado político trata a la sociedad civil como el cielo a la tierra. Está con ella en la misma oposición y triunfa sobre ella del mismo modo que la religión sobre el mundo profano, esto es, reconociéndola, normalizándola, e incluso permitiendo que ella lo domine. En su realidad más inmediata, dentro de la sociedad civil, el hombre es un ser profano. En ella, donde cuenta como individuo real ante sí y los otros, es un fenómeno irreal. En cambio, en el Estado, donde cuenta como ser genérico, es partícipe de una soberanía abstracta, despojado de su vida real e individual y munido de una universalidad imaginada.” [Karl Marx, *La cuestión judía*]

Durante el periodo de existencia de la Segunda Internacional (1889-1914) se dieron una serie de debates sobre la “cuestión nacional” por parte de algunos de sus miembros más prominentes. Estas discusiones no sólo fueron claves para delinear las distintas corrientes dentro del movimiento socialista, sino que sentaron la base sobre la cual descansarían gran parte de las posiciones y estrategias de los grupos socialistas aún mucho después.¹

En un contexto imperialista y de creciente tensión entre las potencias, estos debates se encontraban unidos a la cuestión colonial. Por eso, luego de presentar brevemente las posiciones de Marx y Engels sobre el problema nacional, pasaremos a examinar las distintas alineaciones políticas al interior de la Segunda Internacional, fundamentalmente a partir de esta espinosa cuestión. En una segunda parte, se presentarán algunas de las concepciones con respecto a que es una nación. Finalmente, y a modo de balance, se extraerán algunas conclusiones, intentando mostrar que elementos significativos de los autores analizados cuentan aún con relevancia para avanzar en la comprensión de un fenómeno tan complejo como la nación.

Marx y Engels nunca desarrollaron algo parecido a una teoría explicativa de la nación. Sus análisis giraban fundamentalmente sobre dos ejes: a) El proletariado no tiene patria, es una clase con intereses internacionales, y la revolución socialista esta llamada a ser internacional y superar las barreras político-económicas de los Estados (sin implicar necesariamente homogeneidad cultural); b) En el contexto revolucionario de 1847-48, donde estaban planteadas revoluciones de tipo democrático-burguesas en Europa, el

¹ Basta con mencionar la influencia que tuvo la posición leninista de defensa del “derecho a la autodeterminación de las naciones” en los movimientos de liberación nacional, o la definición “objetivista” de nación de Stalin en el bloque soviético.

nacionalismo podía contener características progresivas, aunque era una ideología pequeño burguesa a ser superada históricamente por el proletariado.

En aquel momento, Rusia era el centro de la reacción en Europa. En un contexto revolucionario, Alemania era para Marx y Engels el sitio estratégico desde donde cambiar la correlación de fuerzas. A partir de allí se extraían las conclusiones con respecto al problema nacional en el centro y este europeo. Así, se concluía que había naciones “aptas” para conformarse como países independientes (es el caso de Polonia) y otras, como los pueblos eslavos, cuya independencia sólo serviría de apoyo a la política zarista, y por lo tanto eran “reaccionarias”. En síntesis, los movimientos nacionalistas eran medidos con la vara de la revolución democrática en Europa (y en especial en Alemania), y nunca se sostuvo un universal derecho a la separación política en abstracto que los socialistas debieran defender. Así nació el rótulo de “pueblos sin historia” (un término de raíces hegelianas) que Engels retomó para criticar a los movimientos nacionales de los eslavos centroeuropeos que no tenían razón de ser, ya que se trataba de poblaciones en vías de ser absorbidas por otras más desarrolladas.²

En gran medida, estas posiciones se mantendrían hasta la muerte de los fundadores del materialismo histórico. Sin embargo, es necesario, para completar el cuadro, dar cuenta del cambio de opinión de Marx, cambio que se produce ante la reflexión con respecto al caso irlandés. En principio, Marx se oponía a la separación política de Irlanda, pero hacia 1870 reconocerá la necesidad de que esta se dé, no sólo por la importancia que cobra su movimiento nacionalista, sino sobre todo por lo perjudicial que resulta para el proletariado inglés —principalmente a nivel ideológico— esta situación de opresión sobre otro pueblo. Se esboza así la idea de que el proletariado no puede avanzar en la lucha por el socialismo mientras se oprime a otras naciones. De ahí partiría posteriormente Lenin para proclamar la obligación socialista de defender el “derecho de las naciones a la autodeterminación”.

I. EL PROBLEMA NACIONAL Y COLONIAL. LAS CORRIENTES.

Retomando este legado, distintos miembros de la Segunda Internacional reflexionaron sobre el problema nacional, en un contexto muy diferente al de la producción de Marx. En primer lugar, Europa occidental ya no era el centro de revoluciones democrático burguesas. La burguesía se encontraba consolidada y segura de sí misma. Además, el capitalismo había entrado en una nueva fase de desarrollo, y el mundo se hallaba repartido entre unos pocos países imperialistas. Por otra parte, la clase obrera de estos países contaba con un nivel organizativo importante (sindicatos, asociaciones, partidos políticos, etc.), y se abrían las posibilidades de mejorar sus condiciones laborales y salariales. La paulatina progresión en la participación política (ampliación democrática) y la mayor apertura del estado con respecto al reconocimiento de sus derechos, completan este cuadro de inclusión social y política, no exenta de contramarchas y fuertes conflictos.

² Existe un excelente estudio sobre este tema en particular: Rosdolsky, Roman, *Friedrich Engels y el problema de los pueblos sin historia*, Cuadernos de Pasado y Presente nro. 88, México, 1980.

Al mismo tiempo, en los “pueblos sin historia” de Europa central y oriental se desarrollaban fuertes movimientos nacionalistas que minaban la base de estados multinacionales como el Austro-Húngaro.

Al aproximarnos a estos debates, debemos tener en cuenta ese contexto, porque, en realidad, en esta época “la cuestión nacional” gira en torno del problema colonial, y también sobre la cuestión de la autonomía de pueblos incluidos en Estados con más de una nación (este será un tema central de discusión para la socialdemocracia austríaca y rusa).

Los partidos socialistas habían tenido un impresionante crecimiento en esta época, y en verdad, la Segunda Internacional no era más que una organización laxa no centralizada, una suerte de federación de partidos y asociaciones obreras organizados a nivel nacional, que solamente marcaba lineamientos políticos generales, y que no tenía real incumbencia en las decisiones y estrategias de cada partido (que por otra parte eran de muy distintas posiciones). Por razones prácticas, pero sobre todo por diferencias políticas, era imposible que esta organización funcionase centralizadamente. Igualmente, la hegemonía de la imponente socialdemocracia alemana en la SI era muy clara, y es en su seno donde se dará uno de los principales debates, de gran repercusión en el movimiento internacional. Se trata de la famosa discusión sobre el revisionismo, la cual tiene como figuras principales a Bernstein y Kautsky (1896 a 1904, aproximadamente).

a) El socialimperialismo

Desde 1896 Eduard Bernstein comienza a publicar su crítica revisionista a las tesis marxistas. Fundamentalmente, trata de demostrar que la nueva etapa capitalista basada en los monopolios, y con una clase obrera sindicalizada, lleva a un crecimiento progresivo y al atemperamiento de las crisis que Marx creía inevitables. De allí que la mejor estrategia para la socialdemocracia fuera conseguir reformas graduales hasta concluir pacíficamente en el socialismo. Esta “herejía” combatida por lo que se convertiría en la ortodoxia del partido (cuyo principal exponente era Karl Kautsky) coincidía en gran parte con la política que el mismo llevaba adelante. A pesar de esto, existían razones de peso para que esta postura no se convirtiera en oficial. El Estado alemán, y sobre todo Prusia, contaban en la era guillermina (1890-1914) con unas instituciones políticas que salvaguardaban los intereses reaccionarios y conservadores, sin dar cabida a una real democratización del país. Resultaba ilógica entonces la confianza de Bernstein en un Estado liberal y reformista. Por otra parte, era fundamental para la socialdemocracia su postura de mantenerse como partido de clase independiente, ya que no contaban con un sector “liberal” con el cual aliarse, y además, era una de las fuentes de su crecimiento entre el proletariado alemán (ya que en cierto sentido el ser socialdemócrata se constituye en una suerte de identidad de la clase obrera alemana). Esto explica que el revisionismo haya sido derrotado a nivel oficial, y se haya mantenido el programa marxista original, aunque en verdad, se fue imponiendo en las prácticas del partido una política que pragmáticamente se acercaba en muchos aspectos a esa postura. Mientras tanto, en el seno de la Segunda Internacional el revisionismo se conforma como el sector “de derecha”.

En cuanto a la cuestión colonial, Bernstein escribe ya en 1896 un artículo, “La socialdemocracia alemana y los disturbios turcos”³ donde queda configurada la posición que será denominada “socialimperialista”. Básicamente, se trata de una crítica al colonialismo sólo en términos morales. Así, se distingue entre un colonialismo “malo” y otro “bueno”, de acuerdo al nivel de desarrollo del país imperialista, y a los métodos empleados. Desde esta posición, entonces, el colonialismo es generalmente económica y culturalmente progresivo para los países atrasados, porque ayuda a desarrollar el capitalismo y lleva “civilización” a los “pueblos bárbaros”.

Aquí, sin embargo, vale hacer una aclaración. Si bien existieron socialistas que defendían una política nacionalista, Bernstein no basa su posición en “la superioridad alemana” o cosa parecida, sino que argumenta a partir de la necesidad histórica y el progreso que implican tanto el capitalismo como la cultura europea. Más que un nacionalista, Bernstein es un evolucionista, un defensor del progreso, que, desde su óptica, significa adoptar las costumbres del mundo europeo. A tal punto es así, que sostiene repetidamente la necesidad de una lucha internacional, compatible con la importancia que adquiere para el proletariado de cada país su propia nación. Así puede también apoyar a los movimientos de liberación nacional que se enfrentan a potencias reaccionarias como Turquía (lucha armenia).

A pesar de esta salvedad, esencial si queremos entender por que Bernstein no apoyaría el voto socialdemócrata por los créditos de guerra en 1914 y se alejaría el partido, no debemos olvidar que aquí, por primera vez en la SD, deja de criticarse al colonialismo, para sólo intentar corregir sus métodos, luchando por un colonialismo “más humano”, e incluso se defiende la idea de que el futuro socialista no implicará el fin del colonialismo. Así, en su libro “Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia”, Bernstein escribe: “Por lo demás, cuando se trata de la obtención de colonias, existen razones para examinar detenidamente su valor y sus perspectivas, así como para controlar rigurosamente la compensación y el trato que se dé los aborígenes, lo mismo que el resto del aparato administrativo; pero no hay ninguna razón para condenar el hecho de la obtención de colonias como algo desde un principio reprobable.”⁴

Como ya dijimos, esta posición proviene de una concepción evolucionista y mecanicista⁵ que, interpretando al colonialismo como una etapa necesaria y progresiva para los países “bárbaros”, no se opone al chovinismo agresivo de la burguesía, aunque Bernstein no fuese un nacionalista.

Las posiciones procolonialistas no tuvieron hasta 1904 (Congreso de Amsterdam) casi ningún peso. Pero a partir de esta fecha, y cada vez más —a medida que las tensiones entre las potencias coloniales se acrecentaban— el sector de derecha se irá afianzando en el seno de la Segunda Internacional. Una clara muestra de esto fue la votación de una propuesta presentada en el Congreso de Stuttgart de 1907. Allí perdió la moción de no declararse en contra de cualquier tipo de colonialismo, pero tan sólo por 127 votos contra 108 a favor.

³ El artículo se encuentra en A.A.V.V., *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial*, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1978, pp. 47-58

⁴ *Ibid.*, p. 11

⁵ Esta concepción evolucionista y mecanicista, muy influenciada por el positivismo, era general en la Segunda Internacional. Basta con decir que Belfort-Bax, quien escribe inmediatamente en contra de la posición de Bernstein, se basa en una tesis catastrofista, según la cual al colonialismo es la base de sustentación de un capitalismo en decadencia, y por tanto apoyar la política colonial es otorgarle más vida al sistema. En “Política colonial y chovinismo” de A.A.V.V., *Op. Cit.*, pp. 59-70. Posiciones parecidas sostuvieron los defensores de la tesis de crisis por subconsumo (entre otros, Rosa Luxemburg).

Finalmente, y a pesar de que Rosa Luxemburg lograra un compromiso de actuar en contra de cualquier guerra interimperialista, el conflicto de 1914 mostraría hasta que punto habían avanzado las posiciones socialimperialistas, dando como resultado la ruptura de la Segunda Internacional.

b) La ortodoxia. Centrismo

La posición revisionista de Bernstein fue discutida fundamentalmente por Karl Kautsky, convertido en portavoz de la ortodoxia partidaria. Oficialmente, la dirigencia socialdemócrata mantendría un programa radical, que no coincidía con su política práctica, pero que le servía de apoyo para su crecimiento como partido. Se va conformando así una ortodoxia marxista mayoritaria en el seno de la SDA, sector que posteriormente se definirá como “centro”, alejado tanto de la derecha como de la izquierda radical.

Con respecto al problema colonial, la ortodoxia se colocará a favor de una política de “puertas abiertas”, concibiendo al exclusivismo imperialista como un fenómeno reaccionario, ya que implicaba una escalada militarista y una traba al desarrollo capitalista.

En su artículo de 1897 “Vieja y nueva política colonial”, Kautsky contraponen el antiguo sistema de extracción, basado en el monopolio, con las nuevas necesidades del capitalismo: apertura de mercados a nivel internacional, para lo cual era necesario garantizar la paz. Así, se opone al socialimperialismo, sosteniendo que el colonialismo es un fenómeno conveniente sólo para los sectores reaccionarios, y que lejos de ser una necesidad, es un obstáculo para el desarrollo capitalista. Esto le lleva a plantear que el imperialismo inglés surge de una defensa de ese país ante la expansión de otros países —como Francia— que impedirían la libre exportación de sus productos.

Siguiendo esta línea, en el Congreso de París de 1900, la SDA se pronuncia en contra del militarismo colonialista, y a favor de una política de “puertas abiertas”. Esta posición partía de un déficit a la hora de analizar al imperialismo como nueva etapa del capitalismo. La confusión llevaba a desconocer los hechos de violencia y guerra que generaba esta apertura de mercados, de ninguna manera dada de forma natural.

Durante la primera década del siglo XX, el desarrollo de la teoría marxista sobre el imperialismo lleva a reformular esta posición. Se llega así a la conclusión de que el imperialismo es la forma más moderna del capitalismo. Pero mientras algunos marxistas extraen de aquí la conclusión de que la guerra interimperialista era inminente y que se abriría una etapa que hacía necesaria una revolución socialista (izquierda radical), los sectores dirigentes de la SDA de la posición de centro, mantendrían la defensa de una política de puertas abiertas. Bebel, por ejemplo, llegó a proclamar el “derecho de todos los estados imperialistas a la explotación imperialista de las colonias”. Esto significaba hacerle el juego a la burguesía imperialista, en un contexto de creciente agresividad. Ya en este momento, el crecimiento del socialimperialismo y el paulatino viraje del centro hacia la derecha anticipaban la política que se seguiría ante el conflicto de 1914.

c) La izquierda radical y el debate Luxemburg-Lenin

A partir de la interpretación del imperialismo como nuevo estadio del desarrollo capitalista, un grupo minoritario de marxistas de la Segunda Internacional planteó la

necesidad de llevar adelante una estrategia proletaria revolucionaria. La revolución rusa de 1905 les llevó a concluir que un nuevo periodo de convulsiones sociales se abría en europa, y que no era posible confiar en ningún tipo de alianza con una burguesía que se había convertido en opresora y reaccionaria. Dentro de esta corriente, se destacan algunos de los nombres más importantes de la historia del socialismo, como Lenin, Rosa Luxemburg, Josef Strasser, Anton Pannekoek, y Karl Radek, entre otros.

En el seno de esta corriente se desarrolló uno de los principales debates en torno a la cuestión nacional y colonial. Se trata de la discusión sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación. Los principales exponentes fueron Rosa Luxemburg y Lenin. En realidad, no se trató de un debate directo entre los dos, ya que Luxemburg publicó su principal trabajo sobre el tema en 1908 (*La cuestión nacional y la autonomía*⁶) polemizando con las posiciones políticas del Partido Socialista Polaco, mientras que Lenin comenzó a escribir sus artículos sobre el tema recién 5 años después, y debido, en principio, a una interna partidaria.

Luxemburg elaboró sus críticas al programa de unificación nacional y conformación de un estado polaco independiente del PSP⁷ entre 1895 y 1897. En aquel momento los polacos se encontraban divididos, repartidos en tres estados diferentes: Rusia, Austria y Alemania. Como ya dijimos, Marx y Engels habían apoyado el proyecto de separación polaca en parte por la gran participación de polacos en los movimientos revolucionarios de toda europa, pero sobre todo por la necesidad de conformar un “cordón sanitario” antirruso de contención, a fin de acrecentar las posibilidades de una revolución triunfante en Alemania. El PSP se servía de este precedente para legitimar sus posiciones, y la mayoría de los socialdemócratas los apoyaban, porque seguían pensando en los términos de los fundadores del materialismo histórico. Por lo tanto, la crítica de Luxemburg debía dismantelar estos argumentos demostrando que la nueva configuración capitalista abierta a fines del siglo XIX los había vuelto anacrónicos.

En primer lugar, Rosa sostenía que en la etapa imperialista el Estado nacional no era la organización política mas desarrollada. Lo característico de este período era el “Estado conquistador supranacional”, y las luchas nacionales por la separación política no podían ser la base de una estrategia revolucionaria y socialista que necesitaba de la concurrencia del proletariado de distintas nacionalidades. Seguir una política nacionalista significaba entonces la subsunción del proletariado en la órbita de los intereses de la burguesía, y dentro de estados multiétnicos —como en el caso de la Rusia zarista—, la separación restaría fuerzas al objetivo de mejoramiento de las condiciones de toda la clase obrera de ese país.

Según Luxemburg, la época de las revoluciones democrático burguesas, contexto en el cual Marx y Engels escribieron, había concluido hacia tiempo en occidente. La burguesía se había convertido en clase dominante, y ya no se oponía al Antiguo Régimen, sino al proletariado. Además, Rusia ya no era el baluarte de la reacción europea como en tiempos de Marx (según sostenía, esto había cambiado desde la modernización del Estado posterior a la guerra de Crimea de 1853-56, y reforzado por la revolución rusa de 1905).

Con respecto al caso concreto de Polonia, su desarrollo capitalista estaba fuertemente ligado a Rusia. Esto explicaba, según Rosa, por qué la burguesía polaca no tenía interés en

⁶ Rosa Luxemburg, *La cuestión nacional y la autonomía*, Cuadernos de Pasado y Presente nro. 81, México, 1979.

⁷ Partido fundado en 1892.

conformar un estado independiente. Sus intereses estaban entrecruzados con los de la burguesía rusa, y un estado separado implicaba la creación de barreras aduaneras. De allí se concluye que es sólo la intelectualidad pequeño burguesa polaca la interesada en un proyecto nacional. Estos intelectuales, intentaban captar al proletariado para su causa, y dado que algunos de ellos, como los miembros del PSP, eran socialistas, Luxemburg acuñó el término de “socialpatriotas” para caracterizarlos.

Luxemburg planteaba entonces la primacía de la democracia y el socialismo sobre la nación. No podía defenderse un “derecho a la autodeterminación de las naciones” en abstracto, sino que debía analizarse en cada caso concreto si la separación política era progresiva o no de acuerdo a los intereses de la clase obrera⁸. Y el único camino progresivo para el proletariado polaco era la lucha revolucionaria en conjunto con el proletariado ruso para derrocar al zarismo y conseguir la creación de una república. Toda política nacionalista del proletariado polaco implicaba marchar detrás de la pequeña burguesía, y hacer más difícil aún las posibilidades de una democratización. Luxemburg proponía entonces el principio de autonomía para Polonia, lo cual se oponía según ella a cualquier tipo de federalismo o separación. Pero esta autonomía no se contraponía a la centralización—Luxemburg era una decidida centralista—, ya que implicaba la aplicación de políticas centrales de acuerdo a las características específicas del lugar, mediante una mayor participación y democracia para el proletariado de cada nación. Esta autonomía es homologable al autogobierno local, y se opone al federalismo porque no implica fragmentación, sino la concreción de políticas centrales de acuerdo a las realidades regionales.

Unos años después, durante el período que va de 1913 a 1916, Lenin escribió varios artículos sobre la cuestión nacional, polemizando con los puntos de vista de Luxemburg. Lenin sostenía que el derecho de las naciones a la autodeterminación es un principio fundamental para cualquier política marxista. Para él, autodeterminación implicaba, fundamentalmente, derecho a la separación política. El apoyo al derecho a que cada región decida por sí misma si se separa no significaba, sin embargo, que la socialdemocracia apoyaría tal separación (es más, podría darse el caso en que se hiciese propaganda en contra de ésta, denunciando al nacionalismo burgués).

Retomado la última posición de Marx con respecto al caso irlandés, Lenin sostenía que la política socialdemócrata de lucha por la ampliación democrática no puede dejar de lado el derecho a la autodeterminación, porque eso haría el juego a los nacionalistas de la nación opresora, y distanciaría al proletariado de las naciones oprimidas de una lucha en conjunto. Según él, Rosa Luxemburg comete el error de apoyar el punto de vista de los ultrarreaccionarios nacionalistas rusos por negar este derecho en su polémica con los socialistas polacos.

Según Lenin, Luxemburg también se equivoca al declarar utópico cualquier intento de independencia de pequeños estados en la era imperialista. El dominio del capital financiero (que no puede subvertirse por medios democráticos), no implica que no puedan conseguirse mejoras democráticas a pesar del dominio burgués, y Rosa confunde el campo político con el económico. Es fundamental entonces la lucha por la ampliación democrática, intentando

⁸ El Congreso de Londres de 1896 se había resuelto por afirmar el derecho a la autodeterminación en general (sin decir nada sobre la cuestión polaca), aunque acentuando el carácter internacionalista del proletariado. Rosa Luxemburg interpretaba esta resolución como una confirmación de sus posturas. Según Lenin, en cambio, quedaba claro que en aquel Congreso había triunfado el punto de vista de Kautsky, contrapuesto al de Luxemburg.

siempre trasvasar sus límites, trazando un horizonte socialista.⁹ Y según Lenin, el derecho a la autodeterminación es un derecho democrático, que no es irrealizable, como lo demuestra la separación noruega de Suecia en 1905.¹⁰

Siguiendo esta línea, en el artículo “La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación”¹¹ de 1916, Lenin presentaba una división entre tres tipos de países, con diferentes características y donde la socialdemocracia se encuentra con tareas disímiles. El primer grupo es el de los países capitalistas desarrollados de Europa occidental y Estados Unidos. Allí han concluido los movimientos burgueses nacionales progresivos. Estos son los países opresores de otras naciones. El proletariado debe entonces luchar contra esta opresión. El segundo grupo de países son los del este europeo, balcanes y Rusia. Aquí aparecen movimientos nacionales democrático burgueses. El proletariado debe luchar a favor de las transformaciones democrático burguesas. Con respecto a la cuestión nacional, la tarea sería intentar fundir la lucha de clases de los obreros de las naciones opresoras con la de los obreros de las naciones oprimidas. Por último, se encuentran los países coloniales y semicoloniales (como China). Allí los movimientos democráticos recién comenzaban. Por eso, los socialistas deben exigir la libertad de las colonias, y apoyar a los elementos más progresistas de los movimientos de liberación nacional democrático burgueses.¹²

Esta distinción tenía como objetivo, por un lado, diferenciar entre las naciones oprimidas y opresoras (algo que por ejemplo, Kautsky no hacía), planteando así tareas diferentes para los socialistas de acuerdo al país en que estuvieran. Por otro lado, se criticaba así a las dos tendencias “socialpatriotas”: tanto a quienes sostenían que el imperialismo y la concentración económica eran progresivos, negando el derecho a la autodeterminación por utópico; como a quienes reconocían la autodeterminación hipócritamente, porque negaban la necesidad de la revolución socialista en las naciones opresoras.

En síntesis, a través del derecho a la autodeterminación, Lenin enlazaba el internacionalismo proletario y la lucha por el socialismo con la cuestión nacional. Siguiendo las últimas opiniones de Marx con respecto a Irlanda, concluye que, si el proletariado de una nación opresora no se volcaba a favor de la autodeterminación, se encontraría detrás de una política burguesa y chovinista, con el consiguiente retraso ideológico y la imposibilidad de plantear una política independiente de clase.

De allí partía entonces su principal crítica a Luxemburg. Lenin reconocía que el análisis de Rosa con respecto al caso polaco era acertado, pero de ninguna manera el extraer de éste la

⁹ Esta postura de Lenin se conecta con su visión sobre la futura revolución rusa, que sería esencialmente de tipo “democrático radical”: esto está contenido en el programa que presenta en “dos tácticas para la socialdemocracia”. La posición cambia en 1917, a partir de las famosas “Tesis de abril”, donde se defiende la necesidad de una revolución socialista.

¹⁰ En Lenin, V. I., “El derecho de las naciones a la autodeterminación”, en *Obras Escogidas*, Cartago, Bs. As., 1974, pp.143 a 206.

¹¹ “La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación”, en Lenin, V. I., *Problemas de política nacional e internacionalismo proletario*, Progreso, Moscú, 1977, pp. 114-127.

¹² Sin lugar a dudas, este fue uno de los elementos de los análisis leninistas que más influencia tuvieron. En la época de su elaboración, parecía prácticamente imposible que se dieran movimientos separatistas viables en las colonias del mundo no europeo. Sólo se encontraba abierto el conflicto en naciones europeas como Irlanda, y sobre todo en la zona del centro y este, debido a la crisis y desmembramiento de los grandes imperios multiétnicos de la zona —Rusia, Austria-Hungría y Turquía— con la primera guerra mundial.

La etapa posterior a la segunda guerra, y sobre todo desde finales de la década de los 50’ y principios de los 60’, se caracterizarían por una ola de luchas de liberación nacional, abriéndose el paso para la descolonización de Asia y África. En ese contexto, estas posiciones de Lenin, complementadas con su teoría sobre el imperialismo, cobraron un protagonismo inusitado en los países del tercer mundo.

conclusión de que no se debía defender el derecho a la autodeterminación de las naciones del Imperio zarista, lo cual implicaba claudicar ante los nacionalistas gran rusos, y un retroceso político e ideológico terrible para la clase obrera rusa.¹³ Desde este análisis, entonces, sólo era acertado que la SDP hiciese propaganda en contra de los nacionalistas polacos, mientras sostenía, junto a la SDR, el derecho a la autodeterminación de Polonia.

Lenin confiaba en que la defensa socialista del derecho a la autodeterminación era la única manera de permitir una libre y voluntaria asociación, y por lo tanto acercaría al proletariado de las naciones oprimidas y opresoras, más que fomentar el deseo de que se concrete la separación. Tendía así a reconciliar a movimientos nacionalistas de naciones oprimidas y al socialismo, siguiendo a Marx, quien relacionaba el problema nacional con el de la democracia política.

Sin lugar a dudas, la división entre naciones opresoras y oprimidas, y la posición menos mecanicista de Lenin con respecto al problema colonial, fue un avance importante. Lenin concebía a la autodeterminación como un derecho democrático-burgués que concluía con la independencia política¹⁴, y que se conquistaba por medios revolucionarios (siguiendo a Marx, se subestimaba la vía de transformaciones “desde arriba”). Por otra parte, la posición de Lenin tenía como presupuesto una escalada revolucionaria a nivel internacional, y era en este contexto donde cobraba sentido plantear una convergencia entre las luchas por el socialismo en los países centrales, y por la autodeterminación en las naciones oprimidas

Sin embargo, ya en la década del 20^o era evidente que la revolución triunfante en Rusia no podía contar con la propagación revolucionaria a escala mundial, quedando cada vez más aislada. Ante esta nueva realidad, la confianza de Lenin en que la defensa al derecho a la autodeterminación no implicaría separación política, ya que el proletariado de las naciones oprimidas se uniría al movimiento socialista triunfante en las naciones más desarrolladas, resultaba contradicha por la misma realidad, y su posición de “convergencia” revolucionaria se volvió anacrónica.

Terminando, es importante señalar que Lenin era un agrio crítico de la defensa de la “autonomía cultural”, y tampoco defendió jamás una solución federalista (era un centralista). Por lo tanto, no se concebía una solución intermedia para las naciones oprimidas: o se separaban políticamente, haciendo uso de su derecho a la autodeterminación, o se unían en una estructura centralizada.¹⁵

¹³ Vale aclarar que, en realidad, Luxemburg no se encontraba en contra de toda separación política por principio, sino que colocaba a la democracia y socialismo por delante de los derechos nacionales —aunque no sin cierta dosis de mecanicismo—. Así, por ejemplo, defendió la separación de las naciones que conformaban al Imperio Turco, sosteniendo que allí el estado multinacional era una traba para el desarrollo capitalista y la democracia. Esto implicaba dar vuelta por completo la táctica que había enunciado Marx, ya que este defendió la independencia polaca y se manifestó en contra de la separación de naciones eslavas meridionales.

¹⁴ Para Lenin, el derecho a la autodeterminación era de carácter burgués, y como tal, implicaba una igualdad formal entre las naciones. Las diferencias entre los estados en sentido económico son una característica del capitalismo (desarrollo desigual y combinado). Por lo tanto, la superación de la opresión económica entre naciones solo puede ser superada por el socialismo, y no por medio de movimientos nacionalistas.

Lenin sostenía entonces que la convergencia de intereses entre proletariado y burguesía nacional en un movimiento nacional solo tenía sentido en los países coloniales o naciones oprimidas y que anhelaban su independencia. Una vez conseguido este objetivo, toda política nacionalista por parte del proletariado implicaría su sumisión a la ideología y dirección burguesa.

¹⁵ Es interesante ver como, paradójicamente, Luxemburg, a pesar de estar contra la separación polaca, luchó calladamente por la autonomía de la socialdemocracia polaca con respecto al Partido socialdemócrata ruso.

En síntesis, mientras que Luxemburg oponía los derechos nacionales con los intereses del proletariado, Lenin prefería conjugarlos. Y es en esta tensión por donde transitarían, posteriormente, gran parte de los debates marxistas sobre el problema nacional.

II NACIONALISMO E INTERNACIONALISMO. ¿QUE ES UNA NACION?

“Yo tengo una patria más querida y mayor que la de ningún fiscal prusiano [...] ¿Qué patria mejor que la de la inmensa masa de los hombres y mujeres que trabajan? ¿Qué otra patria sino el mejoramiento de la vida, de la moral, de la capacidad intelectual de las grandes masas que constituyen un pueblo?” [Rosa Luxemburg]

Hasta aquí nos hemos ocupado de repasar, a grandes rasgos, las posiciones y debates que se dieron dentro de la Segunda Internacional con respecto al problema colonial. Como ya dijimos, la cuestión nacional y la colonial se encontraban entrecruzadas en este período, y hubiese resultado muy difícil comprender cabalmente los enfoques que presentamos a continuación sin ese marco. La intención ahora es por tanto recorrer las producciones y discusiones más importantes que se dieron en la Segunda Internacional en relación al carácter de la nación.

Marx y Engels no habían escrito demasiado sobre la cuestión nacional, y sólo podían consultarse algunos extractos sobre el tema desperdigados en sus escritos, y extraerse algunas orientaciones generales a partir de sus prácticas políticas. Nada parecido a un estudio riguroso y sistemático, sino tan solo, como ya habíamos mencionado, la idea de que el proletariado no tenía patria y que la revolución socialista sería internacional. La frase “proletarios del mundo uníos”, resultó ser la consigna universal de un programa internacionalista. Para los fundadores del materialismo histórico, en síntesis, el nacionalismo no era más que una ideología efímera y de carácter burgués, destinada a desaparecer junto al sistema social que la sostenía.

A partir de este precedente, muchos marxistas de la Segunda Internacional opusieron al internacionalismo proletario con el nacionalismo burgués. El nacionalismo estaba creciendo, pero antes de la primera guerra mundial, aún no estaba claro que el estado-nación se convertiría en la forma universal de legitimidad estatal, por lo que muchos socialistas llegaron a subestimar el poder de adhesión y movilización que el nacionalismo estaba teniendo. De alguna manera, nacionalismo y socialismo se mostraban como ideologías en competencia, y pocos creían que el siglo XX iba a estar signado por esta ideología. Hoy sabemos que finalmente esto último fue lo que ocurrió, ya que salvo en contados casos —como el de la revolución rusa—, hasta el socialismo debió conciliarse con el nacionalismo para cobrar fuerza y convertirse en movimiento de masas. Así lo demuestran experiencias como la de Vietnam, Cuba, y los movimientos de “liberación nacional” en general. Para muchos socialistas de principios del siglo XX, sin embargo, nada

de esto era tan claro, y sólo el avance del chovinismo, y finalmente el estallido de la primera guerra, cambiarían la percepción sobre este fenómeno.¹⁶

En aquel contexto, al visualizarse el carácter cada vez más internacional del capital, se concluía que el nacionalismo era un fenómeno regresivo frente a la objetiva tendencia a la internacionalización económica y cultural. Además, se lo concebía como un mero instrumento ideológico de la burguesía para afianzar su dominio de clase. Esta posición, que sin dudas se sirve de la simplificación y subvaloración para sustentar las convicciones internacionalistas, logró contar con adherentes incluso mucho más adelante, y bajo diversas formas continuó apareciendo en el seno de las izquierdas como crítica radical (por poner un ejemplo actual, podríamos nombrar a Toni Negri).¹⁷ Se trata, en fin, de una discusión que no deja de tener relevancia incluso hoy, aunque por supuesto a la luz de debates que han desplazado los ejes del problema.

Expondremos entonces las posiciones de algunos miembros de la Segunda Internacional en relación a dos problemas: a) La concepción sobre qué es una nación —cuestión que aún hoy es difícil de responder, y que obtiene muy variadas respuestas también en el ámbito académico, según el autor al cual leamos— b) La contraposición —o no— entre un desarrollo objetivo hacia la internacionalización propia del sistema capitalista y el nacionalismo como ideología.

a) Karl Kautsky: Internacionalismo progresivo y nacionalidad por lengua.

En esta indagación en la concepción de la nación desde el marxismo, los trabajos de Kautsky tienen gran relieve, siendo una importante fuente de influencia para gran parte de los miembros de la Segunda Internacional. Él desarrolló, desde su posición marxista ortodoxa, una teoría sobre la “génesis, formación y desaparición de la nación”.

El interés de Kautsky por el problema fue temprano. En 1887, escribió el artículo “La nacionalidad moderna”, en el cual analiza que es una nación desde un enfoque socio histórico. Allí, Kautsky sostiene que el fenómeno nacional es propio del capitalismo. La autarquía económica de las comunidades cerradas propias de la etapa precapitalista, era tanto una traba para la conformación de un mercado unificado como para una identidad de tipo nacional.

Sin embargo, el nacionalismo encuentra sus raíces en una etapa previa al triunfo de la burguesía. Así, los estados precapitalistas sirven de base para el desarrollo de una lengua, literatura, arte y filosofía nacional. El problema es que aquí los bienes culturales de este tipo están en manos de la aristocracia, y las comunidades viven en su recortado campo cultural. Por lo tanto, no es hasta que se disuelven las comunidades de base y se puede

¹⁶ Esta subestimación del nacionalismo por parte de los intelectuales —no sólo marxistas— del siglo XIX, y aún a principios del siglo XX, es analizada en Berlin, Isaiah, “Nacionalismo: pasado olvidado y poder presente”, en *Contra la corriente*, F.C.E., México, 1983.

¹⁷ Hoy en día, el debate se centra en la entidad del Estado-nación en un sistema “globalizado”. En el caso de Negri, no sólo se sostiene la progresiva decadencia de los Estados nacionales, sino el advenimiento de una nueva etapa de acumulación capitalista que se estructura de forma “imperial”, no imperialista. Esto significa que el mercado mundial cuenta con un orden jurídico y un poder que garantiza su eficacia que no corresponde con las formas imperialistas centradas en el Estado-nación. De allí se desprende que una estrategia emancipatoria “contraimperial” ya no puede circunscribirse a los marcos nacionales —y organizativos— tradicionales, sino que debería partir de los “nuevos potenciales de vida y de insubordinación, de producción y de lucha de clases”.

participar en la cultura supralocal que se abre el período nacional. A partir de la baja Edad Media y la Edad Moderna Europea, tanto el comercio, el proceso de centralización política, el deterioro de la autosuficiencia comunal, y la conformación de un ejército nacional, van sentando las bases para la conformación de estados nacionales.

Según Kautsky, durante cierto momento —mientras la burguesía revolucionaria se oponía al Antiguo Régimen— la defensa de la nación fue progresista. Así, si bien los estados nacionales son consecuencia del capitalismo, y la idea nacional es fundamentalmente burguesa, el proletariado coincide en un primer momento con la burguesía en su conformación, ya que tiene interés en el libre traslado para trabajar. Pero para Kautsky, ya a fines del siglo XIX, la nación era tan sólo un medio ideológico de dominación de clase.

En esa etapa, el desarrollo capitalista llevaba ya a una creciente internacionalización no sólo en el plano económico, sino también en el cultural. Así, los círculos culturales internacionales son más amplios que las naciones (cristianismo o mundo occidental, islamismo y brahmanismo) y existen lenguas universales que es necesario conocer para participar de una cultura cada vez más internacional (inglés, francés, alemán, etc.). Kautsky sostenía, entonces, que existía una tendencia a la homogeneización cultural, y que los límites nacionales eran cada vez más estrechos. Por esto, un “sentimiento nacional” que no sólo implicara solidaridad, sino aferrarse a la tradición y aversión a los vecinos, era francamente reaccionario. Este podía operar como una fuerza autónoma, sin conexión con el “desarrollo histórico”, y así convertirse en un obstáculo para este desarrollo.

En síntesis, Kautsky planteaba una tendencia lineal hacia la unificación y homogeneización cultural (e incluso lingüística). El nacionalismo era entonces un paso progresivo con respecto a etapas precapitalistas, pero en cierto momento se convirtió en un fenómeno reaccionario que entraba en contradicción con la misma tendencia hacia la internacionalización propia del capitalismo. Sólo el socialismo podría entonces resolver esta contradicción, ya que implicaba el fin de la separación estatal y la racionalización de una economía ya internacionalmente integrada. Kautsky creía que entonces la unificación cultural avanzaría sin impedimentos, extinguiéndose la división de la humanidad en naciones.

Por otra parte, Kautsky avanzó en el análisis de la significación del concepto de nación. Para él, las dos características clave de la nación eran la lengua común —dada gracias a un proceso de unificación lingüística comenzado por el absolutismo y consolidado con el capitalismo— y un mercado unificado. También remarcaba la importancia de la escritura para la conformación nacional, ya que estandariza la lengua, haciendo más dificultosa la mezcla, y permite el contacto de generaciones distintas. Por último, mostraba como eran las capas medias de “intelectuales”, la burocracia, y el ejército, los más interesados en llevar adelante esta uniformidad lingüística. Gracias a la labor de estos sectores, “nacían” las naciones.

Kautsky concebía entonces fundamentalmente a las naciones como un fenómeno burgués, cuya condición material de posibilidad era contar con un mercado unificado, y cuyo principal instrumento era la lengua en común. Esta concepción de la nación “por la lengua” resultó ser una de las primeras elaboraciones marxistas sobre el tema, y un avance teórico de importancia en su momento. Sin embargo, resultaba un tanto unilateral, y como veremos, Otto Bauer la sometería a crítica en su importante obra sobre el problema nacional.

b) El debate Luxemburg-Lenin

La contraposición entre nacionalismo burgués e internacionalismo proletario claramente delimitada que Kautsky había presentado en sus trabajos, fue tomada posteriormente por gran parte de los socialistas de la izquierda radical en su crítica al “social patriotismo”. La nación era entonces una noción burguesa que encubría la lucha de clases, el carácter irreconciliable de los intereses del proletariado y la burguesía.

Esto los llevaba a remarcar el carácter ideológico del nacionalismo. Por ejemplo, Luxemburg¹⁸ sostenía en su libro *La cuestión nacional y la autonomía*: “...Lo que menos se destaca en el desarrollo de la ideología es la delimitación de sus fases y sus suturas históricas.” El nacionalismo es concebido como una superestructura “casi autónoma”, que crea una monolítica continuidad que encubre el carácter capitalista y de dominio burgués implícito en la idea de nación.

Luxemburg enfatiza el papel del estado, fin de los movimientos nacionales, y principio de los nacionalistas en estados ya conformados. La independencia y unificación estatal son el eje de los movimientos nacionales de la burguesía, y cuando el proletariado participa en un movimiento nacional, lo hace bajo la dirección burguesa, no como clase independiente, con un programa político propio.

Podemos ver entonces como este “internacionalismo intransigente” de Luxemburg está en relación con la crítica al PSP que ya hemos expuesto. Pero aquí interesa remarcar la continuidad de una línea que, aunque acertada en muchos aspectos, dejaba de lado la complejidad del fenómeno nacionalista al defender una suerte de dicotomía irreconciliable.

En gran medida, la crítica de Lenin a Luxemburg se basa en estos inconvenientes abiertos a partir de una posición demasiado esquemática del problema nacional.

En primer lugar, como ya comentamos, Lenin sostenía que, queriendo defender una política internacionalista contra el PSP, Luxemburg negaba el derecho a la autodeterminación de Polonia, con lo cual legitimaba la opresión de la burguesía rusa. Sin la oposición del proletariado ruso a la opresión de su país sobre otras naciones —defensa socialista al derecho a la autodeterminación de las naciones—, era imposible tanto la independencia política con respecto a la burguesía rusa, como el acercamiento con el proletariado polaco.

En segundo lugar, Lenin marcaba la división entre países opresores y oprimidos, con lo cual extraía distintas políticas con respecto al nacionalismo. No en todos los casos, entonces, el apoyo proletario a la causa nacionalista se oponía al internacionalismo.

Por último, Lenin creía que dentro del “orgullo nacional”, el “amor a la patria”, etc., convivían elementos contradictorios, tanto reaccionarios como progresivos, y que la política socialista no podía consistir en negar la entidad del fenómeno nacional, sino en rescatar los elementos positivos, y luchar contra los negativos de las masas.

Esta importante conclusión, lo llevó a entender al orgullo de ser ruso como ligado a la revolución y rebeldía frente a toda opresión, con lo cual él mismo se consideraba “un patriota” ya que “...en el siglo XX, en Europa no se puede “defender la patria” de otro modo

¹⁸ Luxemburg presenta una concepción de nación que se parece mucho a la de Kautsky, aunque con algunas diferencias de matiz.

que luchando por todos los medios revolucionarios contra la monarquía, los terratenientes y los capitalistas de la propia patria, es decir, contra los peores enemigos de nuestra patria.”¹⁹

En síntesis, Lenin criticaba la concepción que contraponía al internacionalismo socialista con los movimientos nacionalistas, ya que, según él, estos se complementaban en tanto revolucionarios: “Es profundamente antimarxista la idea de que se pueda “velar” la consigna de revolución socialista, relacionándola con una posición revolucionaria consciente en cualquier problema, incluido el nacional.”²⁰

Como ya se dijo, la “superación” leninista de la concepción rígida de Kautsky o Luxemburg, descansaba en la confianza en la coincidencia del socialismo y los movimientos nacionales de naciones oprimidas en el contexto de una revolución internacional. Así, en su artículo “Una caricatura del marxismo y el economicismo imperialista”, sostenía: “La revolución social sólo puede producirse en la forma de un período en el que se combinan la guerra civil del proletariado contra la burguesía en los países avanzados con toda una serie de movimientos democráticos y revolucionarios, incluido el movimiento de liberación nacional, en las naciones no desarrolladas, atrasadas y oprimidas”.²¹

Posteriormente, ante el aislamiento de la revolución bolchevique y la imposibilidad de una revolución a nivel internacional, parecía que las tesis leninistas dejaban de tener vigencia. Sin embargo, el triunfo del estalinismo en Rusia no sólo implicó la proclamación del tan lejano a Lenin principio de “socialismo en un solo país”, sino también la defensa de los movimientos de liberación nacional, aún en el nuevo contexto. Así, se perdía de vista la coherencia del planteamiento leninista, apoyándose en los países periféricos una política de alianza del proletariado con la burguesía nacional a cualquier costo, y por lo tanto se trababa la posibilidad de desarrollar una política consecuente de clase independiente.

Antes de pasar al análisis de las posiciones de Otto Bauer, vale la pena destacar que Lenin creía que el socialismo, al eliminar los roces nacionales gracias a la plena democracia y libertad, aceleraría la fusión internacional, y por lo tanto rechazaba el principio de “autonomía nacional-cultural” que los marxistas austriacos defendían. Según Lenin, ese principio no sólo implicaba la sumisión ideológica de las clases subalternas de las naciones oprimidas a su burguesía, sino también el mantenimiento de la opresión por parte de las naciones imperialistas. Las tareas nacionales del proletariado no pasaban, según él, de la defensa del derecho a la autodeterminación.

c) Otto Bauer: Concepción historicista de la nación

Miembro de la socialdemocracia austriaca, y alineado en el “centro” hasta 1917, cuando pasa a conformar el ala izquierda del partido, Otto Bauer produjo una de las obras más inteligentes de la historia del marxismo sobre el problema nacional. Publicada en 1908, “La cuestión nacional y la socialdemocracia” sorprende aún hoy por su profundidad y refinamiento teórico.

¹⁹ Lenin, V. I., “El orgullo nacional de los gran rusos” en *Obras escogidas*, tomo III, Cartago, p. 219. En este artículo de 1914, Lenin defiende el derrotismo como política de la POSDR con respecto a la guerra.

²⁰ Lenin, V. I., en *Problemas de política nacional e internacionalismo proletario*, Progreso, Moscú, 1977, p. 154.

²¹ Lenin, V. I., *Obras escogidas*, tomo III, Cartago, 1974, p. 530.

Bauer formaba parte de lo que se denominaría “austromarxismo”, corriente intelectual que conjugaba el materialismo histórico con el kantismo en boga en la Viena de principios de siglo. A ese grupo pertenecían Rudolf Hilferding y Max Adler, entre otros, y sus trabajos resultaron una renovación y fuente de debates en el campo intelectual marxista.

Como ya veremos, la teoría de Bauer sobre la nación recibió adhesiones y críticas por parte de los más importantes miembros de la Segunda Internacional, entre ellos, Kautsky y Lenin. Además, resultó de gran importancia para la política de la SD austriaca. Resulta extraño entonces como una obra de tal calidad e importancia en su tiempo pudo ser prácticamente olvidada por la tradición marxista durante mucho tiempo.

Según Bauer, “Nación es un conjunto de seres humanos vinculados por una comunidad de destino en una comunidad de carácter”.²²

El concepto de comunidad lo toma Bauer de F. Tönnies, aunque con ciertos cambios. Mientras la sociedad (*gesellschaft*) se caracteriza por conformarse a través de una vinculación por normas “exteriores” (como la moral, el derecho, la lengua, etc.), resultando ser una unión por voluntad arbitraria, la comunidad (*gemeinschaft*) surge por la acción duradera de una misma fuerza, el mismo modo de existencia o el mismo destino, transformándose en un vínculo intrínseco, y por lo tanto una voluntad esencial.

La comunidad de carácter no implica que los caracteres individuales de los miembros de una nación sean homogéneos, sino que existe un vínculo primordial entre ellos, y que una fuerza homogénea actuó sobre ellos como determinante de su carácter (y existen evidentemente, otros determinantes del carácter individual).

Por otro lado, el concepto de comunidad de destino se refiere a la historia en común que funciona como base de la conformación de las naciones. Bauer parte de una concepción historicista (continuidad de un todo conformado por partes interrelacionadas orgánicamente), y así define al carácter nacional como una estructura básica del espíritu, del gusto intelectual, del modo de reaccionar ante ciertos estímulos, etc., que “... no es nada más que un precipitado de procesos históricos pasados, que se vuelve a modificar por obra de procesos históricos subsiguientes”.²³

De aquí proviene uno de los aspectos más atrayentes de la teoría, ya que permite entender a este carácter nacional como modificable²⁴, lo cual le da pie a Bauer para criticar a una visión “sustancialista” de la nación, sea desde lo racial o desde “un espíritu del pueblo” (según él, una “esencialidad metafísica” del romanticismo, que no tiene en cuenta la “...interdependencia del obrar, querer y sentir de distintos individuos.”, única base desde donde la ciencia puede explicar el fenómeno nacional).

A pesar de esto, Bauer no rechaza de plano el componente biológico para su explicación de la nación, sino las teorías de tipo determinista, que colocan una aptitud nacional ahistórica que deviene de una composición genética especial. Según Bauer, son las condiciones de vida de los hombres (relaciones entre ellos y con la naturaleza), las que, tamizadas por un proceso de selección natural, dan lugar a una cierta composición genética que vuelve a

²² Bauer, Otto, *La cuestión de las nacionalidades y la Socialdemocracia*, Siglo XXI, México, 1986, p. 142.

²³ *Ibid.*, p. 10.

²⁴ “El carácter nacional es modificable. La comunidad de carácter se vincula a los miembros de una nación durante determinada época, pero de ningún modo a la nación de nuestro tiempo con sus antepasados de hace dos o tres siglos”. *Ibid.*, p. 25.

reactuar con lo social. Así, “Las cualidades heredadas por una nación son nada mas que el precipitado de su pasado o, como quien dice, su historia congelada.”²⁵

La ascendencia común y la conformación de una comunidad de tradición cultural (costumbres, usos, religión, etc.), son entonces, según Bauer, los dos elementos mediante los cuales la historia común —la cual es el determinante básico— se sirve para ser eficaz, y así “construir” el carácter nacional.

Queda conformado así un sistema explicativo que jerarquiza a la historia como base de las naciones. De allí se entiende la crítica de Bauer a las explicaciones de la nación por “un cúmulo de elementos no jerarquizados” (territorio, ascendencia común, lengua, costumbres, etc.), que no dejan en claro la relación de reciproca dependencia entre ellos. Por eso, critica las versiones del “nacionalismo por lengua en común”, ya que, para Bauer, la lengua es un elemento de segundo orden, un medio de eficacia de la cultura común.²⁶

Hasta aquí, entonces, repasamos la definición baueriana de nación como comunidad de carácter. Ahora entonces, es apropiado revisar otros elementos interesantes y, sobre todo, la orientación política que Bauer defendía en su libro.

A partir del análisis del caso alemán, Bauer extrae la conclusión de que durante la Edad Media la nación de los alemanes estaba conformada por una comunidad cultural de las clases dominantes, ya que los campesinos estaban excluidos. Pero además “...hoy también sigue ocurriendo que la cultura nacional es la cultura de las clases dominantes; que las grandes masas no pertenecen a la nación, que únicamente puede ser comprendida como comunidad cultural, sino que solo son tributarias de la nación, en cuya explotación descansa, por supuesto, el soberbio edificio de la cultura nacional, del que a su vez siguen estando excluidos.”²⁷

Bauer sostiene que el capitalismo impide la integración del obrero en la comunidad cultural nacional, y que sólo el socialismo permitiría que las masas posean la historia y cultura de la nación. Por eso, defiende una política “evolucionista-nacional”, que permita la participación de toda la población en la comunidad cultural común. Esto implica una lucha del proletariado por mayor democracia (igualdad en el sufragio, libertad de prensa, reunión y asociación, etc.), mejoras educativas y económicas. Esta política se opondría a la “conservadora nacional”, que intenta conservar la peculiaridad nacional para mantener el orden social existente.

Según Bauer, es de necios oponer el internacionalismo proletario a los intereses nacionales²⁸, porque el socialismo implica una mayor diferenciación de las naciones, aunque el contenido cultural material se encuentre nivelado. Así, el cosmopolitismo se desarrollará junto a los caracteres nacionales, conquistándose la plena autodeterminación de las naciones, ya plenamente integradas por el conjunto del pueblo.

²⁵ *Ibíd.*, p. 40.

²⁶ Se trata de una herramienta mediante la cual se crea y conserva la comunidad cultural, y funciona como regulación exterior (Bauer reconoce igualmente que la lengua no es sólo un medio, sino también un bien cultural determinante del carácter nacional).

Lo mismo ocurre con la región o residencia común: Puede ser condición de existencia de una nación, pero solo en la medida en que sea condición de una comunidad de destino.

²⁷ *Ibíd.*, p. 67.

²⁸ Bauer si opone un tipo de “valoración nacional”, la cual coloca al individuo como producto de la nación, con una “valoración racionalista”, más coherente con el internacionalismo proletario, que mide según medios-fines y el ideal ético. Aclara, igualmente, que no siempre se oponen, pudiendo coincidir en ciertos casos.

Evidentemente, esta postura de Bauer chocaba contra los marxistas que sostenían, como Kautsky, el inexorable proceso de descomposición del nacionalismo por el avance del mismo capitalismo. Bauer recibió críticas desde el centro y la izquierda de la Segunda Internacional²⁹. Ante estas, respondió en dos artículos, “Observaciones sobre la cuestión de las nacionalidades”, y “El obrero y la Nación”³⁰, donde aclara que, sin negar la tendencia a la internacionalización de la cultura, la asimilación, elaboración y adaptación de aquella se da en términos nacionales (“apercepción nacional”). No debería caerse entonces en un “cosmopolitismo ingenuo”, ya que “El internacionalismo no puede volverse culpable de la incompreensión del significado histórico de las naciones y de las luchas nacionales si no quiere empujar a mas de uno a los brazos del nacionalismo”.³¹

Por otra parte, a diferencia de Lenin, Bauer no concebía el problema nacional desde la óptica de una lucha por el derecho a la separación política, sino como una lucha social por la integración de las masas en la nación, o sea, en su participación en la cultura nacional. Así, defendió una solución de “autonomía nacional personal” para Austria³². Sin embargo, la política anexionista en los balcanes, y el creciente antagonismo con Serbia y Rusia, vuelven insostenible la posición, que abandona ya en 1909. Toda una parte de su libro de 1908, que intenta defender la manutención del Estado multinacional Austro-Húngaro, queda fuera de discusión. A pesar de todo, aun en 1923, cuando se reeditó “La socialdemocracia...”, Bauer decía que el desarrollo teórico del libro era pertinente. En 1917, Bauer pasó al ala izquierda y escribió el “Programa izquierdista para las nacionalidades”, donde se da por descontada la disolución del Imperio, y se defiende el derecho de las naciones a la autodeterminación.

c) Stalin: Definición “objetiva” de nación

Para terminar con esta presentación de las principales posiciones con respecto a la concepción sobre lo que es una nación en el seno de la SI, repasaremos brevemente el trabajo de Stalin sobre el tema.

²⁹ Así, por ejemplo, tanto el artículo de Karl Kautsky “Nacionalidad e internacionalidad” desde el centro, como el folleto de Josef Strasser “El obrero y la nación”, desde la izquierda, eran un ataque abierto a Bauer, sobre todo en dos aspectos: La defensa de la teoría de la “nación por lengua común”, y la crítica a la idea de que el desarrollo capitalista, y más aun el socialismo, llevaban a una mayor diferenciación nacional, y no a la homogeneidad cultural.

³⁰ Ambos artículos se encuentran en la compilación *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial*, *Op. Cit.*, pp. 172-185 y 248-256.

³¹ *Ibíd.*, p. 255.

³² Este principio, basado en la libertad de cada individuo para decidir su nacionalidad —como si se tratara de una religión—, resultó ser una importante fuente de discusiones entre los socialistas de la segunda internacional. A pesar de que la socialdemocracia austriaca lo discutió y tomó como posible solución, ésta se mostró finalmente inviable, ante la disolución del Imperio a causa de la primera guerra mundial. Uno de los mayores defensores del principio fue Karl Renner, otro importante teórico austromarxista, con un estilo de análisis jurídico. Renner sostenía, por ejemplo, que el derecho a la autodeterminación era inviable porque nunca se podría determinar a que sujeto de derecho le correspondía, mientras que la solución de la formula de la autonomía nacional personal era mas que simple. “El estado y la Nación”, en “La Segunda...” *Op. Cit.* pp. 141-180.

En muchos aspectos, la obra de Stalin sobre el problema nacional no consistió en más que en la repetición de las posiciones leninistas, como la defensa del derecho a la autodeterminación y el ataque a la “autonomía nacional-cultural” de los austromarxistas.

Ahora bien, mientras Lenin nunca avanzó teóricamente en la concepción de la nación, y se ocupó más bien de los aspectos políticos de los movimientos nacionales emergentes, Stalin desarrolló una concepción “objetivista” de la nación: “Nación es una comunidad estable, históricamente formada, de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada esta en la comunidad de cultura”.³³

Esta definición tenía como principal objetivo ofrecer una concepción de nación alternativa a la de Bauer, la cual Stalin criticaba por su carácter “metafísico”. Pero como vemos, Stalin ofrecía a cambio una rígida definición (según él, ninguno de los términos de la definición debían dejar de estar presentes en un grupo para que se lo considerase una nación) que ni siquiera lograba enlazar el problema nacional con la lucha de clases, cosa que sí hacían, desde distintos puntos de vista, tanto Bauer como Lenin.

Va más allá de las intenciones de este artículo analizar la política concreta de la U.R.S.S. sobre la cuestión nacional en el período estalinista, pero basta con señalar la opresión interna a nacionalidades minoritarias por parte de los rusos (contradiendo la defensa a la autodeterminación que Stalin sostuvo antes) y la tesis del “socialismo en un solo país”, para entender hasta qué punto se había dado un viraje hacia el chovinismo en la Rusia soviética.

III. CONCLUSIONES

La pregunta sobre que es una nación no es fácil de responder. Se trata de un fenómeno complejo y repleto de tensiones. Aún si repasamos los trabajos más actuales sobre nación y nacionalismos, nos enfrentaremos a explicaciones muy diferentes, aunque en muchos casos no se trate de confrontaciones abiertas, sino que depende más bien del énfasis que ponen los investigadores en determinados aspectos.

Pero el carácter contradictorio del fenómeno nacional no debería llevar a la imprecisión explicativa, y sin embargo, ha sido moneda corriente que los trabajos sobre el tema, con intención polémica, hayan enfatizado un aspecto en desmedro de otros. Así, Gil Delannoi recalca: “En efecto, no se capta todo el fenómeno nacional sino por sus ambivalencias. Las ambivalencias, ya sean explícitas o implícitas, abundan siempre, en el interior de una misma concepción, entre concepciones competidoras o rivales”.³⁴

Dos tendencias han sido las más comunes: O bien enfatizar un aspecto de la nación sobre otro (por ejemplo, el carácter de “invención” y “construcción” sobre el “orgánico”), o, en el caso de tener en cuenta las tensiones, tratar los dos polos sin afrontar la conexión intrínseca de ambos, con lo cual se convierten en características de distintos tipos de nación (esto se hace típicamente entre el universalismo ilustrado, conectado con la ciudadanía y valores democráticos, frente a un nacionalismo particularista romántico que recalca el vínculo no contractual de los miembros de la nación).

³³ Stalin, J., “El marxismo y el problema nacional”, en *El marxismo y el problema nacional y colonial*, Problemas, Bs. As., 1946, p. 15.

³⁴ Delannoi, Gil y Taggief, A., *Teorías del nacionalismo*, Paidós, Barcelona, 1993, p. 9.

En el seno de la Segunda Internacional, el pensamiento economicista y mecanicista era hegemónico, y era entonces muy difícil que se pudiese desarrollar una teoría explicativa de la nación que no tuviese estos defectos, que como estamos señalando, aún hoy percibimos en los trabajos de autores marxistas y no marxistas. Tal vez Lenin y Bauer sean la excepción, pero, por distintos motivos, sus concepciones sobre el problema tampoco pueden satisfacerlos.

A partir del legado de Marx, la oposición entre nacionalismo e internacionalismo fue el sentido común de los miembros de la SI, e incluso de muchos autores de izquierda, aún hoy. Lenin intentó superar esta dicotomía haciendo converger las luchas por el socialismo en los países centrales con los movimientos de liberación nacional en las colonias, en cuanto revolucionarios. Pero como ya señalamos, el fracaso de un movimiento revolucionario a escala mundial volvió insostenible esta postura. Sin embargo, el legado de Lenin sería retomado por los movimientos de liberación nacional en la escalada descolonizadora de fines de los 50' y 60'. Se combinaban allí la teoría del imperialismo leninista con la teoría de la dependencia, dando lugar a una concepción que tenía como centro revolucionario mundial a los países del "Tercer Mundo" (el famoso llamado del Che Guevara a que se conformaran múltiples Vietnam es la síntesis de todo un programa). Evidentemente, esto trastocaba la versión de Lenin, ya que este confiaba en la fuerza del movimiento socialista en los países desarrollados, y el único punto de convergencia entre el proletariado de las naciones oprimidas y sus burguesías sería el interés por la lucha por la independencia política. La política de la U.R.S.S., sin embargo, favorecía en el contexto de la Guerra Fría cualquier alianza interclasista "antiimperialista nacional", incluso en países ya independientes (es el caso de América Latina). Igualmente, dada la diversidad y complejidad de los movimientos de liberación nacional, el tema merecería un tratamiento más extenso, pero es evidente que esto supera largamente las intenciones de este ensayo.

Otto Bauer concebía la relación entre el nacionalismo y el socialismo desde un punto de vista distinto al de Lenin. Para él lo fundamental era la lucha por la incorporación de las masas en la cultura nacional, en el marco de una estrategia nacional-evolucionista. Bauer remarcaba así un aspecto importante: la diferenciación al mismo interior de toda nación. Pero sabemos que, justamente, una de las características de la nación es enlazar a sus miembros en una comunidad más allá de sus diferencias de clase, siendo este el elemento ideológico que hizo que muchos marxistas la concibieran como un mero instrumento de dominación de clase. Por otra parte, parece bastante artificial la división cultural tajante que realiza Bauer, con el agravante de que, al entender que la cultura nacional está en manos de las clases dominantes, se concibe a esta última como superior.

Por eso, se hace necesario marcar la conexión entre la homogenización que implica la nación y las contradicciones de clase que se dan en su interior, incluso en el aspecto cultural. Pero para esto es necesario tomar en cuenta los desarrollos del marxismo en el campo de la ideología, el Estado y la hegemonía.

Es sabido que en el trabajo de Marx solo se encuentran desperdigados esbozos de estos problemas, y muchas veces, por su carácter inacabado y marginal, se presentan de manera mecánica y no del todo coherente con el resto de su teoría. Fueron autores posteriores, como el italiano Gramsci en los años 20' y 30', y los marxistas estructuralistas desde los 60', entre otros, quienes intentaron desarrollar estos aspectos descuidados por el mismo Marx, revitalizando la teoría marxista. Evidentemente, estos desarrollos fundamentales para encarar actualmente un estudio de la nación desde el marxismo, no estaban presentes en la

SI, y esto explica en parte los problemas que se tenían entonces para comprender teóricamente el problema. A pesar de todo, el aporte de algunos de los autores que hemos revisado en este trabajo no deja de ser importante incluso mas allá de nuestro interés historiográfico. Muchos aspectos remarcados por Kautsky, Lenin, Bauer y otros miembros de la SI contaban con un gran nivel para la época de su producción, y aún hoy nos resultan de utilidad para comprender ciertas cuestiones del problema. Para concluir, entonces, repasemos estos aspectos, intentando plantear algunas cuestiones que deberían ser tomadas en cuenta para una problematización teórica sobre el difícil fenómeno de la nación.³⁵

Rosa Luxemburg, por ejemplo, hacía hincapié en el papel ideológico que jugaba el nacionalismo. Para ella, una política nacional por parte del proletariado significaba perder la independencia de clase, siguiendo una política burguesa. El problema aquí es que, aunque podamos referirnos al papel ideológico del nacionalismo como funcional a la reproducción del sistema económico, resulta de un esquematismo reduccionista extremo concebirlo como un mero instrumento de dominación de clase. La base de la nación es la incorporación de las clases subalternas a la vida política, aunque sea de modo formal, a través de la igualdad jurídica (y recordemos que de aquí proviene la moderna fuente de legitimidad política). Esto no quita reconocer que se trata además de una comunidad abstracta “imaginada” que no deja de tener un papel de “encubrimiento” de la desigualdad social, pero no podemos dejar de remarcar que, como todo elemento ideológico, descansa en un aspecto real, material, y no puede concebirse simplemente como “mentira”.

La nación, por otra parte, no es estática. Bauer realizó un gran aporte al describirla como un proceso en “constante devenir”. De todas formas, deberíamos criticar su versión orgánico-historicista de la nación, ya que la nación tiene una génesis, discontinuidades y redefiniciones en relación a los grupos sociales en pugna (aquí aparece igualmente cierta consistencia de la nación, cierta continuidad, que se asienta tanto en su conexión con el Estado como en su construcción de un pasado y futuro que le otorgan coherencia —esto último siempre en proceso de recomposición, y por medio de “suturas” ideológicas—). Por otra parte, tal como Lenin remarcó, la identidad nacional se compone de múltiples elementos contradictorios, continuamente en conflicto. Así, esta identidad no es necesariamente “reaccionaria” frente a las lealtades de clase; en verdad, y siendo tajantes, las clases se conforman a nivel nacional, y es equivocado tanto contraponer las clases a las identidades nacionales, como colocar a una clase como “causa” de las naciones (lo que generalmente se hace cuando se coloca a la burguesía como causa de la nación). En síntesis, de lo que se trata es de intentar encontrar la conexión estructural entre el capitalismo y la conformación de naciones sin caer en un instrumentalismo mecanicista esquemático, que opone y no muestra la conexión intrínseca entre la conformación clasista propia del capitalismo y el fenómeno nacional.

Dentro de la SI, la posición de Kautsky, quien entendía que la génesis del capitalismo se debía a la conformación de un mercado unificado y el contar con una lengua común, fue hegemónica. Mas allá de los logros teóricos de Kautsky, quien por ejemplo acertó al enfatizar el papel de la *intelligentzia* de clase media para la conformación de las naciones, esta definición resultaba demasiado estrecha (aunque el mercado y la lengua son elementos importantes a tener en cuenta). En el caso de Stalin, su análisis es aún menos rico, porque él

³⁵ Reconocemos aquí la importancia del trabajo de Leopoldo Mármora, quien intentó sistematizar en su libro *El concepto socialista de nación*, gran parte de las cuestiones planteadas en este artículo. La lectura de este libro ha sido de fundamental ayuda aquí, y parte de las conclusiones se apoyan en su tesis.

desarrolló una definición objetiva rígida que deja afuera múltiples casos que no se adaptan a ella, o sea que, invirtiendo los términos, la definición de Stalin no se adapta a la complejidad y diversidad de las naciones, y por lo tanto sirve de poco para entender el fenómeno. En verdad, toda definición “objetiva” que intenta explicar la nación por un cúmulo de elementos que deben presentarse, nos trae estos problemas, y en última instancia, termina sin servirnos para comprender la génesis y transformaciones de las naciones. Por eso mismo, es remarcable el esfuerzo de Otto Bauer por superar las definiciones objetivistas, sustancialistas —sean de orden “espiritual” o biológico— y subjetivistas de nación, ofreciendo un sistema explicativo que pone el énfasis en la historia. Sin embargo, Bauer, quien entendía a la nación como una “comunidad de carácter” dejó de lado la conexión de la nación con el Estado, y tampoco tuvo en cuenta el carácter ideológico del nacionalismo (dominación de clase). Esto coincidía con su interpretación de la nación como fenómeno desconectado del sistema capitalista. En realidad, según Bauer sólo el socialismo, al superar la etapa de sociedades clasistas, lograría la conformación real de una comunidad nacional que integraría a las masas.

Volvemos así al comienzo: la unilateralidad a la hora de entender un fenómeno contradictorio como es la nación, y la falta de conexión entre esta última y la estructura capitalista, fueron un déficit común de todas las posiciones de miembros de la SI que repasamos. Este legado se extendió en la izquierda, a tal punto que hasta bien avanzado el siglo XX (y aún hoy en algunos casos), la posición “internacionalista intransigente” y la “antiimperialista nacional” continuaron siendo el lugar común desde donde se analizaba el problema nacional.

Para terminar este artículo, entonces, nos permitiremos esbozar algunas cuestiones relevantes para la comprensión del fenómeno nacional, a partir del brillante trabajo de Leopoldo Mármora, ya que en nuestra opinión este autor ha sido quien con mayor profundidad intentó avanzar sobre el problema desde el materialismo histórico, a partir del examen, entre otros materiales, de los precedentes teóricos que han sido discutidos aquí.

Según Mármora, la conexión entre capitalismo y conformación nacional puede abordarse a partir del concepto simple de capital presentado por Marx. La universalidad del capital y la homogeneización que implica la ley del valor (valor de cambio, trabajo abstracto), se contraponen a la particularización de los capitales (competencia) y al intercambio. Por lo tanto, “...en el concepto simple de capital anidan dos tendencias encontradas: la tendencia a la universalización y a la homogeneización de la vida social en todos sus aspectos y la tendencia simultánea a la desarticulación y particularización de la misma.”³⁶ Esta misma contradicción se encuentra en la constitución de la nación, ya que la homogeneización interna³⁷ y la demarcación externa (a través del estado, y en el marco de una especialidad moderna de tipo físico³⁸) son la cara de una misma moneda.

³⁶ Mármora, Leopoldo, *El concepto socialista de nación*, Cuadernos de Pasado y Presente, nro. 96, México, 1986, p. 100.

³⁷ La homogeneización interna no implica, como ya dijimos anteriormente, que no exista desigualdad en el interior de las naciones. Se trata de una igualdad formal, abstracta e incompleta.

³⁸ Este nuevo tipo de espacialidad moderna que se opone a la espacialidad cultural de tipo antiguo, tiene su correlato en una temporalidad social universal acumulativa y progresiva.

Esta homogeneización y particularización conviven, ya que no puede sobreponerse ninguna sobre la otra. Este es un límite estructural del capitalismo: el límite a la homogeneización e integración internas está determinado por la división de la sociedad en clases, y el límite al particularismo nacional está determinado por el mercado mundial. Esta tensión, por lo tanto, convive en la nación, y en realidad, es la nación la que permite articular una serie de contradicciones propias del capitalismo: contradicción entre estructura y superestructura, contradicción entre universalismo y particularismo, contradicción de clase, etc.

Evidentemente, esta conexión entre nación y capitalismo es un acercamiento teórico al problema, pero para entender el fenómeno, es necesario tener en cuenta la historia, el “material” sobre el cual se asienta la nación, así como la estructura y conflictos de clase concretos del caso que analicemos. Además, esta conexión se complementa con la conceptualización de la nación como un “sistema de hegemonía”, ya que ésta cuenta con la capacidad de cohesionar a todas las clases de una sociedad. Así, comprendemos la integración nacional en conexión con la estructura social, ya que todas las clases pertenecen a la nación, pero en un sistema de subalternidad. Por otra parte, se concibe a la nación en constante cambio y cruzada por conflictos, aunque tiende a cristalizar en un marco a partir del cual se dan las luchas entre las diferentes concepciones de nación, recomponiéndose constantemente.

Terminamos este ensayo remarcando que la lectura de algunos autores marxistas pertenecientes a la Segunda Internacional es de inapreciable utilidad para plantear problemas centrales para la conceptualización de la nación aún hoy. Es que se trata, en nuestra opinión, de un importantísimo aporte dentro de una tradición teórico-política que, en diálogo con otras, aún puede ayudarnos en el intento por dilucidar los contornos de un fenómeno complejo y contradictorio.

Bibliografía

A.A.V.V., *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial*, Cuadernos de Pasado y Presente nros. 73 y 74, México, 1978.

Bauer, Otto, *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, Siglo XXI, México, 1986.

Cole, G.D.H., *Historia del pensamiento socialista*, tomo III, F.C.E., México, 1986.

Davis, Horace, *Nacionalismo y socialismo. Teorías marxistas y laboristas sobre el nacionalismo hasta 1917*, Barcelona, Península, 1972.

Hobsbawm, Eric J., Haupt, Georges y otros (directores), *Historia del marxismo*, tomo III, Bruguera, Barcelona, 1980.

Kolakowski, Leszek, *Las principales corrientes del marxismo*, tomo II. La edad de oro, Madrid, Alianza, 1982.

Lenin, V.I., “Acerca del programa nacional del POSRD”, “Notas críticas sobre la cuestión nacional”, “La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación” y “Balance de la discusión sobre la autodeterminación”, en *Problemas de política nacional e internacionalismo proletario*, Progreso, Moscú, 1977.

“El derecho de las naciones a la autodeterminación”, “La guerra y la socialdemocracia rusa”, “El orgullo nacional de los gran rusos” y “Una caricatura del marxismo y el economicismo imperialista”, en *Obras Escogidas*, tomo III, Cartago, Bs. As., 1974, pp. 143-221, 496-548.

Löwy, Michael, *¿Patria o planeta? Nacionalismos e internacionalismos de Marx a nuestros días*, Homo Sapiens, Rosario, 1998.

Löwy, Michael y Haupt, Georges, *Los marxistas y la cuestión nacional*, Barcelona, Fontamara, 1980.

Luxemburg, Rosa, *La cuestión nacional y la autonomía*, Cuadernos de Pasado y Presente nro. 81, México, 1979.

Mármora, Leopoldo, *El concepto socialista de nación*, Cuadernos de Pasado y Presente núm. 96, México, 1986.

Stalin, Josef, *El marxismo y el problema nacional y colonial*, Problemas, Bs. As., 1946.